

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

ERNESTO LIVACIC G.

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
-- Arturo Prat 1428 --
Santiago de Chile, 1983

¿Quién soy?

ERNESTO LIVACIC GAZZANO

Agradezco hondamente la honrosa oportunidad que se me brinda, al ofrecérseme hacer una autopresentación como hombre de Letras. Expreso este sentimiento dirigiéndolo a las personas de los integrantes del Comité de Ediciones de la Agrupación Amigos del Libro: Pepita Turina, Roque Esteban Scarpa, Carlos López Labaste, Carlos George Nascimento, Oreste Plath, Alfonso Calderón, Arturo Valdés Phillips y Carlos Ruiz-Tagle, que tuvieron la iniciativa de invitarme a este ciclo, como asimismo al distinguido público que prestigia con su concurrencia el presente acto.

Quisiera destacar de partida dos hechos que me parecen significativos.

Sin serlo, me considero espiritualmente socio de la Agrupación Amigos del Libro por un vínculo de raíz: como uno de los empedernidos cultores que en nuestro medio van quedando de aquel oficio de lector del que gráficamente alguien ha dicho, hace poco, que es una especie en vías de extinción en Chile. Entiendo que la Agrupación, al convocarme, me reconoce la pertenencia a esta verdadera caballería andante de nuestros tiempos . . .

(Ya a los cinco años, echado de bruces sobre el periódico extendido a modo de alfombra mágica sobre el piso de la cocina en la casa paterna, interrogaba yo a mi madre sobre el sonido y el enlace de las letras de los titulares, en espontáneo apresto al combate que, bajo la dirección del maestro Giacomello, debería librar, poco después, con el Silabario . . .

Cuando, a los nueve años, por alguna circunstancia que no recuerdo ahora con precisión alguien me obsequió un peso fuerte —el primer peso fuerte—, mi impulsiva adquisición, ascendente en total a 60 centavos, fue la de tres tomos de Mark Twain en la librería Daudet —Daudet, como, a la española, decíamos los chiqui

llos... y también más de algún adulto—. Esa tarde, de vuelta a casa —una casa donde no había libros, salvo uno en serbocroata que mi padre recibiera como homenaje en el *Jugoslovenski Dom* y que, por lo mismo, celosamente guardábase en un armario bajo doble llave—, tuve la peregrina idea de citar a una reunión, donde propuse formar la biblioteca familiar, a mis dos hermanas, unas perfectas analfabetas de cinco y de tres años de edad... Aún ahora nos reímos en casa al evocar aquella disparatada ponencia, pero ya entonces estaba vivo en mí un virus del que nunca curaría).

Por otra parte, se ha ofrecido esta tribuna a alguien que ha escrito en abundancia dentro de un contexto de lo literario que es inmensamente más amplio —y siento la ilusión de que, de algún modo, procura ser hoy y aquí reivindicado— que la simplificadora y empobrecedora triarquía a que actualmente se reduce la creación verbal cada vez que sólo se reconocen como sus géneros constituyentes el narrativo, el lírico y el dramático.

Cuando, en mis años mozos, estudiábamos la “Técnica Literaria”, de Solar Correa, formaban más de una larga-docena las vías de expresión que

en este campo debíamos distinguir y asimilar, y que sutilmente se nos inducía a intentar como bi-
soños principiantes en su cultivo, sin excluir el en-
sayo ni la fábula, la crítica ni la didáctica, la his-
toria ni el periodismo o la oratoria.

Esta invitación me sugiere que —a Dios
gracias— aún se reconoce y se estima como escri-
tor, no menos original y creativo si sus trabajos
alcanzan un aceptable nivel de calidad, a quien
recorre los anchos predios de la llamada “literatu-
ra de ideas”, como ha sido, en la situación personal,
la más de las veces, según luego expondré.

Quiero, pues, al aceptar con gusto la invita-
ción que se me ha formulado, asumir, de algún
modo, la tácita representación del lector impeni-
tente —que es, en definitiva, el insustituible aval
del futuro de las Letras— y del cultor de géneros
no por semiolvidados susceptibles de subestimación,
aunque sea a la zaga de casi cuatro decenas de poe-
tas, narradores y dramaturgos que me han prece-
dido, con mérito y brillo, en veladas como ésta.

* * *

¿Cuándo comencé a escribir? Muy temprano,

en el Liceo Salesiano "San José", de Punta Arenas, mi ciudad natal.

Para quienes no hayan vivido personalmente o presenciado como testigos una tal experiencia, resultan virtualmente inimaginables el abarcador sentido que generaba de la vida y la multiforme influencia que ejercía aquel colegio en quienes éramos los muchachos de las décadas del 30 y del 40 en una ciudad aislada y quieta, sin aviones que la unieran al centro del país, con una radiotelefonía aún balbuceante, con casi inexistentes sitios de esparcimiento espiritual o recreativo . . .

Su atmósfera propia ya se percibía con sólo trasponer, en una jornada cualquiera, los umbrales de la vieja construcción. Cada día de clases se iniciaba y se cerraba —como es tradicional en las escuelas de Don Bosco— con una breve disertación del Director o de su representante, ante el alumnado en pleno, acerca de algún tema de actualidad, frente al cual se nos sugería un criterio orientador . . . Allí supe una mañana, a pocas horas de ocurrido el hecho, que Gabriela Mistral —cuya estada de dos años en la zona aún se recordaba con respeto— se había hecho acreedora al Premio Nobel, el primero de Latinoamérica. Allí,

otro día, que el petróleo había brotado de las entrañas de la Tierra del Fuego y se abría una nueva era en el desarrollo regional... ¡El colegio era nuestro informador, nuestro comunicador con el mundo, nuestro formador vital!

Consecuentemente, su ámbito estaba muy lejos de circunscribirse a la mera instrucción. La casa salesiana se encontraba —significativamente— siempre abierta, en las horas de clases y fuera de ellas, en los días de semana o en los domingos y festivos, durante el año lectivo o en las vacaciones. Allí había asociaciones religiosas y campeonatos deportivos, elenco teatral y coro, brigadas de scouts —aunque se les daba el nombre de exploradores, como eufemística distinción ideológica frente al dominio masónico de aquel entonces en la conducción de los seguidores de Lord Baden Powell—, círculos de estudio, concursos literarios, revista escolar, biblioteca, una infinidad de motivaciones.

Nuestros educadores, sacerdotes en su mayoría, compartían con nosotros el esfuerzo de sostenerlas, a la vez que nos otorgaban máxima autonomía e iniciativa para dirigir las. Arremangando sus largas sotanas, jugaban como compañeros

nuestros en las horas de recreo o en las jornadas de esparcimiento. Los domingos, desde el término de la clásica misa de nueve y media hasta la hora del almuerzo, nos conversaban en el patio sobre las alternativas de la guerra civil española o, años después, de la segunda conflagración mundial, y como los había de nacionalidades y —consecuentemente— de posiciones diferentes, escucharlos era de un apasionante interés para nosotros, que muy luego aprendimos ladinamente a plantear a cada cual las preguntas que mejor pusieran en evidencia sus mutuas discrepancias, lo que nos daba pie para enhebrar sabrosos comentarios y para formarnos nosotros mismos un cuadro más objetivo de las situaciones. Así —y la enumeración podría prolongarse extensísimamente—, el colegio salesiano era como el aire del que nuestra vida recibía fuerza para su crecimiento.

Quiero ser muy justo, y decir que me enorgullezco de mi hogar natal, el que me ha entregado afecto y valores sólidos y perdurables, y en el que mis padres hicieron por mí sacrificios de una generosidad y abnegación que jamás terminaré de valorizar debidamente.

Nuestra familia fue y sigue siendo bellamen-

te modesta, con un espacio mínimo en su vivienda, pero con lozana alegría de vivir, fortalecida por un padre y una madre honestos, austeros y trabajadores.

Mi padre fue obrero ganadero durante más de sesenta años (ostenta, sin duda, el récord de perseverancia en la que constituyó, hasta mediados de siglo, la más clásica actividad zonal), y mi madre una incansable dueña de casa, que sólo en sus días de parto recibía el concurso de alguna ayudante en las labores domésticas.

Habían cursado estudios sistemáticos tan breves que, sumados los de ambos, no alcanzaban a satisfacer la exigencia legal de una primaria completa, pero tenían la sabiduría de los realistas y prudentes. El dinero nunca fue abundante en casa, y mi padre, para ganarlo, debía pasar seis días a la semana fuera de la ciudad. En tal marco, nunca, nunca se puso barreras a mis inquietudes, pero tampoco era factible que las apoyaran concretamente, pues apenas había lugar para otras cosas que para vivir con sencillez los valores en que se creía y para enfrentar cotidianamente el afán de cada jornada. Una elección auténtica, que respeto y comparto, pero que me dejaba —simultá-

neamente— espacios interiores no llenados. Como, además, fui el primer hijo y las que me siguieron —a alguna distancia— eran mujeres, la casa quedó un poco como reino natural para mi madre y para ellas, mientras yo, al distribuir mis horas, para agotar la hiperkinesis daba abierta prioridad al “San José” . . .

(Hoy, a más de dos mil kilómetros de distancia, mis padres —aún vivos, felizmente— y mis hermanas no me oyen, pero algo me hace confiar en mi interior que una onda cordial vadee las distancias y les lleve, renovados, el homenaje y el afecto de aquel a quien, hace treinta y seis años, permitieron magnánimamente partir en busca de su camino en la existencia . . .)

Un segundo factor que, andando el tiempo, afianzó más aún mi vinculación al colegio, fue la apertura en éste de los últimos cursos de humanidades, hasta transformarlo en un establecimiento completo de educación primaria y media. Ya no hacía falta, pues, trasladarse al Liceo de Hombres una vez aprobado el tercer año. Pero, como en los exámenes las comisiones eran fiscales, con todos los riesgos del caso, pocos seguían hasta el final en los Salesianos. Yo fui uno de ellos. Mi curso,

el cuarto sexto año en la historia del plantel, contaba apenas con seis alumnos. Ello tornaba más estrecha nuestra relación personal con los educadores y con la atmósfera del establecimiento.

Podría decir, sin la menor exageración, que no dejé de participar casi en ninguna de las múltiples actividades que en éste se ofrecían, como no fuese en el coro —desde muy niño tuve o me hicieron tener conciencia de mi desafinamiento melódico— y en los Exploradores —por expresa prohibición de mi madre, comprensiblemente temerosa de que me ocurriese alguna desgracia o sobreviniese alguna enfermedad en aquellas excursiones en que se debía vadear ríos, pernoctar al aire libre o soportar imprevistos temporales, bajo el apocalíptico y desconcertado concierto del clima austral—.

Por eso, ya siendo alumno de primera preparatoria actué como recitador en una fiesta, ante todo el colegio; recién cumplidos los nueve, aparecía en escena, como precoz figura del Cuadro "Virtus" (que dirigía el P. Vladimiro Boric, más tarde primer Obispo Diocesano de Punta Arenas), desempeñando durante un pasaje de "El espectro de la muerte" el papel de un atemorizado niño

que, en una noche de tormenta, se refugia en brazos de su padre . . . que era Domingo Tessier (y aunque en nada seguí la rutilante carrera de éste en el teatro, fui después San Tarcisio, indio oná, príncipe medieval y hasta personaje cómico en otras piezas); me coroné progresivamente, a medida que ascendía en los estudios, de decurión, príncipe y emperador romano en los certámenes de catecismo; vestí la camiseta escolar en equipos de fútbol y de básquetbol; fui dirigente del centro liceano de Acción Católica y tuve a mi cargo el programa semanal de esta institución en Radio Austral; presenté mis composiciones a un sinnúmero de concursos literarios internos, obteniendo siempre en ellos premios o menciones, y dirigí, durante mis últimos tres años de estudios humanísticos, la revista escolar "Juventud", de ya larga tradición en aquel entonces.

En ella, con un par de compañeros más, lo éramos todo: redactores y buceadores de auspicio comercial, correctores de pruebas y distribuidores, administradores y diagramadores, pescadores de colaboraciones del alumnado y obligados colaboradores nosotros mismos, cuando las redes, como era bastante habitual, las recogíamos semivacías.

Recuerdo con emoción que escribíamos los originales en las oficinas del colegio, en las viejas Underwood del colegio, al lado de uno o dos de los padres del colegio, pero sin la menor interferencia, sin la más sutil coacción o prevención de parte de los salesianos. Ellos venían a conocer el contenido de la revista, como cualquier otro lector, cuando ya circulaba impresa. Jamás hubo, tampoco, la menor insinuación de control o revisión del manejo de los fondos. Se creía vivencialmente en la libertad y en la virtud, se las vivía y se alimentaba un clima apto para cultivarlas. Si tuve el honor de escribir en la misma revista en que antes lo habían hecho Scarpa, Coloane, Campos y otros grandes, a igual o más alto nivel experimenté la grata distinción de ser íntegramente valorado y respetado como persona. Así, la doctrina social del cristianismo no sólo la conocíamos por las luminosas y atrayentes orientaciones del padre Passone: ¡era más, era carne en torno a nosotros! Muchos años después, algunos teóricos de la educación comenzaron a hablar de “pedagogía de la confianza”...

“Juventud” me dio, así, mucho más que la posibilidad de publicar, con o sin mi nombre, ver

sos y prosas que no he vuelto a rastrear, y que acaso no siempre reconocería fácilmente ya como míos. Fue mi primera escuela para dirigir después otras revistas: —“Vértice”, en el Pedagógico; “Inba”, en el Barros Arana; “Debate Universitario”, en la Católica—, para asumir responsabilidades directivas y para ejercerlas a través de equipos en que la confianza mutua y la participación efectiva de cada cual fuesen la impronta del trabajo.

Tuve, pues, en “San José”, la dimensión de un pequeño factótum, con todo lo que ello involucra en riqueza de experiencias, pero, a la vez, con todo lo que entraña en cierta línea de dispersión o, por decirlo en forma más elegante y positiva, en cierta capacidad de actividad multifuncional, no unilateral, a lo largo de la vida, que es un signo que ha seguido marcándome hasta hoy.

¿Por qué, entre aquel cúmulo de quehaceres, el de escribir no fue abandonado por mí, como otros de aquéllos, en el curso de los años?

Para darme respuesta, debo recordar con devoción emocionada el nombre de un educador que fue señero en mi vida: el padre salesiano Luis Cuttier. Paraguayo, llegó al colegio como profesor en

1941, cuando yo entraría a primer año de Humanidades.

Ya desde bastante antes, desde los diez años o quizás menos, sentía claro en mí el llamado a ser educador. En algunos días de vacaciones, incluso sometía a mis pequeñas hermanas y a algún vecinito o vecinita de casa al programa de jugar al colegio en nuestro patio, donde, sobre rústicos troncos, les enseñaba las primeras letras y números, y les daba tareas en las hojas sobrantes que habían quedado a fin de año en mis cuadernos escolares... Pero, ¿profesor de qué? Era buen alumno en la mayoría de los ramos, salvo en los que requieren habilidad manual, como el Dibujo. ¿Me especializaría en Matemáticas, en Historia, en Biología, en Inglés?

Durante los tres años que permaneció con nosotros, el P. Cuttier fue nuestro profesor de Castellano. Tenía una verba maravillosa, una capacidad de comunicación excepcional, una brillante seguridad en su enseñanza, un incomparable donaire como declamador, una privilegiada memoria como afanoso lector, una gran perspicacia para facilitarnos libros que nos interesaran, una viril pero delicada franqueza para hacernos pensar de

frente en los más espinudos problemas de nuestra edad. Jamás me dijo una palabra de siquiera leve insinuación en tal sentido, pero por su rica irradiación yo decidí ser profesor de Castellano y cultor del idioma hablado y escrito.

(Con todo, no me atrevería a excluir por entero algún posible influjo —cuya confirmación requeriría de mayor estudio— de cierta remota afinidad cultural eslavo-hispánica, perdida quizás entre las brumas seculares de la historia. Recuerdo la atenta alegría con que mi padre seguía en la radio las piezas de música española, como si ellas revivieran en él ocultas, dormidas resonancias ancestrales, y no se me escapa la llamativa frecuencia con que son profesores de Castellano los descendientes dálmatas: los Scarpa y los Brncic, los Goic y los Guic, los Ivelic y los Carkovic, y otros tantos que no quisiera omitir...)

He vuelto muchas veces a mi colegio, y sigo sintiéndolo como tal y como mi casa. Aún quedan en él algunos salesianos de mi tiempo, como el P. Ghirardelli. Entre sus paredes, torno a ser el niño que fui, y hasta me han tratado como tal: cuando en 1970, en plena vigencia de la Reforma Educacional, llegué con solemne rango de Subse-

cretario de Educación a dar al maestro Giacome llo la sorpresa de visitarlo en su aula del mismo Silabario en que ejercía desde hacía medio siglo, me recibió diciendo: "Te enseñé los palotes y las tablas, y he seguido haciéndolo durante toda una vida. No me vengas a hablar ahora del Método Cuisenaire..."

Durante cinco años, en la Universidad de Chile, a la que pude dirigir mis pasos gracias a generoso donante de una beca, recibí las enseñanzas y el ejemplo de maestros entusiastamente adheridos a su quehacer, como Roque Esteban Scarpa y Eleazar Huerta, quienes me atrajeron hacia una adecuada visión de la dimensión humana de la Literatura, la importancia de su contenido y de su contexto, la libertad con que hay que cultivarla y enjuiciarla, la seriedad con que ha de abordársela en cuanto acto creativo y en cuanto objeto de estudio; o como Mariano Latorre, Ricardo Latcham, Roberto Vilches, Antonio Doddis y Juan Uribe-Echevarría, que poblaron mi agenda de insospechadas y sugerentes lecturas a la vez que me revelaron un fascinante abanico de vías de aproximación al hecho artístico. Sobre mí y sobre mi generación, ellos se proyectaron no sólo desde la

cátedra sino desde sus casas, donde recibían con afecto a los estudiantes, en una época en que no regía para los profesores la norma de la permanencia en los campus universitarios . . .

Debí, quizás, con el apoyo de tantas y tan brillantes luces, llegar mucho más lejos en las Letras, pero la vida me ha llevado —o yo me he dejado llevar— por las aguas del actuar multidireccional que asimilé en los Salesianos, y he sido por décadas —hasta donde todo ello pueda decirse con propiedad— responsable profesor con abundancia de clases, padre de numerosa familia (esto segundo explica cuán necesario era lo anterior; necesario, no suficiente, sobre todo en los largos años en que el sustento familiar hubo de encuadrarse dentro del magro sueldo de un profesor de Liceo), militante y servidor de mis ideas religiosas y políticas, participante en numerosas actividades académicas e institucionales. En medio de ese agitado remolino, me he dejado, entre todas ellas, un tiempo para escribir. Así mirada, no es parca mi cosecha, sobre todo si se considera que, entre 1965 y 1976, durante doce años desempeñé absorbentes y delicadas tareas de responsabilidad directiva en el Ministerio de Educación y luego en la Univer-

sidad Católica. Y ni aun entonces abandoné la brecha . . .

* * *

Mi primer libro apareció impreso en 1955. No se tome como cariño desorbitado al hijo mayor el que lo evoque con tono elogioso, por su origen y por su objetivo.

En mi primera experiencia como novel profesor, me permití una verónica de bisoño a los programas de estudio vigentes, e interesé a un curso en la lectura y conocimiento de escritores nuestros. Preparé para la ocasión unos apuntes, domésticamente multiplicados; fui retocándolos al calor de las reacciones de los estudiantes, y tanto me sumergí en las aguas de esa aventura que salí de ella con el germen de otra mucho mayor en su atrevimiento: las casi cuatrocientas páginas de "Literatura Chilena. Manual y Antología", mi solemne estreno en la sociedad de las Letras. Diez mil ejemplares lanzados por la Editorial Salesiana de Santiago, con una audacia increíble por tratarse de un autor principiante, se agotaron en poco tiempo y permitieron, en muchos liceos y también a cente-

nares de lectores adultos, disponer de textos difícilmente asequibles de escritores nacionales y, a la vez, de una guía para disfrutarlos.

Con presunción juvenil me animé, por ello y por entonces, a terciar con mi palabra en una campaña periodística que reunió plumas como las de Alone, Hugo Montes y Francisco Dussuel, en torno a una mayor incorporación de la Literatura chilena en la enseñanza humanística. Me fue grato comprobar ancho apoyo a mi idea de crear la asignatura como independiente, con un año de duración, y al proyecto de programa mínimo que, sin demora, propuse. A modo de colofón del mismo, sin el menor sentido profético como podrá observarse, estampaba sentenciosamente: "algún día llegará en que la reforma programática pueda alcanzar mayor enjundia".

Hasta hoy, ese día no ha llegado. Ni siquiera en los períodos en que más se ha proclamado la necesidad de vigencia y culto de los valores nacionales. La Literatura Chilena ha fluctuado entre la condición de extraña y la de allegada pobre en nuestras escuelas, incluidas las universitarias, sin siquiera alguna efímera pero vital experiencia de Cienicienta . . . y los escritores nacionales, sustenta-

dores de la sangre del espíritu en su pueblo, viven las más de las veces arrinconados o desconocidos, llegando en ocasiones hasta las zonas fronterizas de la dignidad para procurarse por gracia el reconocimiento que en justicia debería ofrecérseles con largueza, como deber social.

Aunque desde mis intentos de entonces ha corrido mucha agua bajo los puentes, sigo aferrado, con la tenacidad de la sangre eslava, a la convicción de que algo hay que hacer por reparar estas ya crónicas postergaciones.

La buena acogida de aquella primigenia obra por colegas de todo el país y las explícitas demandas de muchos de ellos en tal sentido, me impulsaron a proseguir en la preparación, redacción y publicación de tomos didácticos. Entre 1958 y 1982, aparecieron once de ellos, predominantemente libros de lectura y textos de Literatura Española, la mayoría con numerosas ediciones. Esta labor me deparó múltiples compensaciones. La avalaron, con laudatorias referencias, críticos de la estatura de Alone, Eleazar Huerta, Hernán del Solar, Juan Tejeda, Guillermo Blanco, Hugo Montes, Matías Rafide y muchos otros. En los cientos de miles de ejemplares que circularon de aquellos libros, más

de la mitad de la población escolar chilena del ciclo humanístico, durante un cuarto de siglo, no sólo estudió, sino que encontró una motivación para la lectura directa de las creaciones, vía insoslayable de acceso a la cultura literaria.

Agotados una y otra vez, finalmente dichos textos fueron progresivamente dejando de ser reimpresos, pues en cierto momento comenzó a atentar contra su plena vigencia en el quehacer didáctico el fantasmagóricamente acelerado proceso de frecuente cambio de los programas escolares que se ha hecho habitual en estos últimos años.

Con todo, aún ahora es frecuente que muchos profesores los recomienden a sus alumnos, quienes los buscan ya en vano en las librerías.

Hace poco, al ver a su hijo compungido por esta razón, una señora amiga le aseguró, a modo de consuelo y de esperanza, que, ya que me conoce, me pediría le facilitara en préstamo algún ejemplar usado que pudiera conservar en mi poder. El niño no sólo reaccionó con escepticismo, sino con lapidaria rotundidad: “¡Qué vas a conocer al autor! ¡Ese viejo debe estar muerto ya...!”

Los textos, pues, me han introducido prematuramente en la inmortalidad histórica...

Desde algo antes, había incursionado —más ocasionalmente— por otro derrotero. En efecto, en 1957, como parte del impulso que con Alfonso Naranjo —en nuestra condición de asesores literarios de una editorial— nos propusimos dar al siempre marginado libro infantil, fuimos, entre otras tareas que nos parecieron pertinentes a ello, coautores de “Historias para Navidad”, tomito que mereció en breve lapso el honor de dos tiradas. Me cupo la paternidad de seis de sus relatos. Entre ellos, el mejor éxito lo cosechó “El Rocío” frecuentemente incluido desde entonces en antologías y suplementos literarios.

Otras narraciones, no pensadas ya en la perspectiva del niño, nacieron de mi pluma, en forma de cuentos, desde la década del 60 en adelante, y por norma, fueron en un principio celosamente guardadas en mis archivos. Pero pronto una de ellas, “El Puesto del Portugués”, fue descubierta y apreciada por dos ex alumnos, Fidel Sepúlveda y Manuel Pereira, que la incorporaron, acompañada de encomiástico comentario, en una selección de “Cuentos chilenos” que lleva ya varias ediciones. Posteriormente, el mismo relato fue reproducido también en la Antología Magallánica de

Cuentos. Por otra parte, hace algunos años, desde una sede regional universitaria me solicitaron los textos de mis demás relatos, pues estaba siendo estudiado, en una Tesis de Grado, como uno de los narradores de la Generación de 1957, lo que me produjo una impresión de asombro de la cual me ha costado reponerme. Aun ahora, difícilmente podría comentar el episodio con una expresión más original que aquella de “sin comentarios . . .”

Finalmente, convencido de la inutilidad del sigilo con que había enclaustrado mis relatos y deseoso de que alguien me ayude a dilucidar qué y quién soy como narrador, este año he entregado a las prensas, de las que están saliendo en menudo formato a conocer el orbe, “Cuatro cuentos australes”: el ya mencionado, “La exótica”, “Por culpa de Calderón” y “El gordo de la lotería”.

Ignoro qué se dirá de ellos. Personalmente, creo que el elemento que mejor los identifica es la sugerencia de un mundo en el que la realidad se presenta a diferentes niveles de profundidad, cuya respectiva importancia o significación es inversamente proporcional a la facilidad con que los captamos.

Su ubicación en latitudes australes enfoca, co-

mo luz que viene del sur, una problemática humana universal, en medio de la cual susurra nítida la voz que nos invita a reconocer la evidencia de lo trascendente.

Otro sector perfectamente distinguible dentro de mis escritos está representado por ensayos —de varia extensión— sobre temas literarios. Creo que entre ellos merece ser puesto en relieve, de modo especial, mi libro “La ruta literaria del Cid”, en que estudio y trato de interpretar la permanente vigencia de Rodrigo Díaz de Vivar en obras de ficción a partir del siglo X —tiempo de su residencia en la tierra—, superando fronteras geográficas, generacionales, culturales y lingüísticas por su carisma como arquetipo de plenitud humana.

El tema había sido tangencialmente sugerido por maestros como Menéndez Pidal y parcialmente realizado —hace ya casi un siglo— por estudiosos como Antonio Restori, pero tengo la satisfacción de que, tanto por su amplitud cuanto por la mayor actualidad de su contenido, mi trabajo constituye un aporte que combina originalidad personal y una documentación no fácil de obtener en este rincón del planeta.

Cuando me han llegado pedidos de esta obra

desde países como Sudáfrica, me he sentido animado a seguir sembrando en un terreno cuyos frutos, evidentemente, no pueden tener consumidores masivos, pero en el que es factible dejar algo de sí mismos en pro de la construcción y acrecentamiento de nuestro patrimonio espiritual.

Con todo, tengo aún mucho que indagar sobre el Cid, ya que su omnipresencia actual ofrece mil llamativos ribetes, incluso en el mercado extraliterario. Algún día deberé pedir en cierto restorán de San José de Maipo el plato que ofrecen como especialidad de la casa: ¡Pollo a la Mio Cid!, para enterarme curiosamente de cómo prefería el Campeador servirse aquella ave —si la receta del chef cuenta con base histórica— o para saber, al menos, por qué se bautizó con su egregio nombre una variedad gastronómica... Algún día deberé consultar en Morón, en las afueras de Buenos Aires, por qué existe un “Taller de caños de escape “El Cid” cuando, a lo que hasta el presente se sepa, entre sus misceláneas hazañas el héroe no alcanzó la de adelantarse a los tiempos en las invenciones en el campo automotor...

Pese a estas limitaciones —que, como se ve, me propongo superar—, entre alumnos, colegas y

amigos gozo de una cierta aureola de cidiano fanático, y, entre bromas, algunos llegan casi a identificarme con don Rodrigo. En buena hora. No sólo por sus muchos méritos, sino porque, a raíz de que en 1974 participé en España en el Primer Congreso Internacional sobre La Celestina, durante algún tiempo hubo quienes socarronamente me aludían como especialista en asuntos celestinescos... Y, por cierto, ¡prefiero serlo en los cidianos!

El clima de chanzas a que hacía referencia, no deja de inspirar, en ciertos casos, sabrosos frutos poéticos. Así, en 1979, el agudo maestro y académico de la Lengua don Roberto Guerrero me contaba en los siguientes versos sus andanzas por tierras de la Madre Patria:

*“Estuve ya en Barcelona.
Me encontré allí con el Cid.
Pasamos muy largas horas
tomando café y anís.
Me habló del primer huelguista:
aquel conde don Ramón...
y su barba florecía
con luz de risa interior.*

*Me dijo que conocía
un libro de Livacic ...
(—el Campeador es agudo
para pronunciar la “i”—)
... y por ello lo nombraría
como el mejor adalid.*

*En Castejón las mesnadas
me hicieron paso al pasar ...
¡Cómo miran las colinas
las cercanías del mar!*

*En Valencia los naranjos
tañían frutos en flor.
La misa la celebraba
don Jerónimo al albor.*

*Y cuando tanta añoranza
nos revienta el corazón,
enviamos a Ernesto Livacic,
con encendida emoción,
y a su esposa y a sus hijos,
un saludo en español”.*

“La ruta literaria del Cid” representa, para

mí, la proyección más reciente de un largo contacto con la Literatura Española. Si bien es cierto que a ello contribuye de modo innegable mi servicio docente en tal especialidad desde hace casi treinta años en la cátedra universitaria, las raíces del hecho son muy anteriores, como se hizo manifiesto por vez primera al elaborar mi Memoria para recibir el título de Profesor de Castellano sobre el tema "El sentido de la gloria en los renacentistas españoles", objeto de estudio que alguna vez había propuesto ya María Rosa Lida, pero que estaba aún por abordar. Lo intenté con todo el entusiasmo de mis entonces 20 años; también, seguramente, con las inevitables limitaciones inherentes a dicha edad. Pero recibí calurosos y estimulantes respaldos.

Fue el primero el de la Comisión Examinadora, cuyo informe dice en parte:

"El tema que ha escogido el señor Ernesto Livacic Gazzano, para su Memoria de Prueba, es asunto además de complejo novedoso. Su misma amplitud y carácter exigen una labor de síntesis y una vastedad de lecturas y notas y una clara visión de la finali-

dad esencial, para no perderse en consideraciones accidentales. "El sentido de la gloria en los renacentistas españoles" era empresa difícil y el señor Livacic la realizó con maestría y buen gusto. Además, es justo hacer notar que por primera vez se ha analizado con la extensión de esta Memoria el tema que le sirve de epígrafe.

... La exposición del tema está realizada en forma metódica y clara. El estilo correcto, preciso en el uso de los vocablos, posee belleza que se puede apreciar desde los títulos que coronan los capítulos".

(Suscriben los profesores Antonio Doddis, Roque Esteban Scarpa y Juan Uribe-Echevarría).

Luego, otorgándole más pública resonancia, el Instituto Chileno de Cultura Hispánica la premió como la Mejor Memoria de tema español presentada en el año en el conjunto de las Universidades del país.

Dos lustros después, el Círculo de Profesionales Hispánicos distinguiría mi trabajo sobre Lope de Vega, presentado al concurso con motivo del IV centenario del "Fénix de los ingenios".

En la última década he preparado, además, diversas antologías de escritores hispánicos, complementadas con estudios críticos, como las de fábulas de Juan Ruiz y de Juan Manuel; de ensayos de Unamuno, Azorín y Ortega, y de la enciclopedia jurídica "Las Siete Partidas" de Alfonso X el Sabio. Una parte, no usual en tales casos, de mi trabajo en la primera de ellas consistió en elaborar una versión propia, en castellano actual, para 22 fábulas en verso y 18 en prosa. En cuanto a la última de las selecciones aludidas, no registra en Hispanoamérica precedentes conocidos.

A una más variada gama de temas literarios y de problemas artísticos y culturales he prestado mi atención en escritos que inicialmente revistieron la forma de ponencias ante reuniones especializadas, en el país o en el extranjero, y luego de ello aparecieron en revistas o en las actas de los respectivos encuentros. Algo similar hago en numerosos discursos, para los que he procurado, en general, preparar textos escritos en los cuales, trascendiendo la circunstancia misma en que me ha correspondido pronunciarlos, he comunicado mis reflexiones y opiniones sobre más permanentes asuntos de fondo.

Si alguien se tomara el paciente trabajo de recorrer y cotejar unas y otros, repararía sin dificultad en la recurrencia de determinadas ideas que considero fundamentales. Así, por ejemplo, el cómo he destacado el valor humanizador de las Letras, la importancia del cultivo desinteresado de la verdad y de la belleza, la función social del escritor, el compromiso de ser copartícipes activos más que meros consumidores en el proceso cultural, la precariedad de los métodos de análisis literario que se apoyan unilateralmente en un solo aspecto de la obra y lo absolutizan, quedarán en evidencia para quienes lean, entre otros, el trabajo sobre "Cultura y creación literaria" que presenté a las Jornadas del Libro y la Cultura; mi discurso en el Encuentro Latinoamericano de Escritores celebrado en Santiago en 1969; mi alocución sobre "Humanismo y Universidad" en 1974; mi discurso como Decano al concederse en la Universidad Católica el grado académico honorario de Profesor Emérito a Roque Esteban Scarpa; mi ponencia al Primer Encuentro Nacional de Escritores de Magallanes, o el aporte sobre los idiomas al libro "El valor formativo de las asignaturas".

Estas ideas, particularmente necesarias de ser

revitalizadas en ciertos críticos momentos de enfoque pragmatista del quehacer universitario y cultural, nos llevaron, además, a dirigir, con dos colegas académicos, un estudio en que se sistematizaran y destacaran en toda su rica proyección las actividades de docencia, investigación y extensión en el campo de las Letras en las Universidades chilenas, y a promover la realización de encuentros periódicos de sus cultores. Ello, estamos ciertos, contribuyó a que a la sazón se adoptaran decisiones que significasen un mejor tratamiento para estas actividades, con efectos positivos que se perciben aún hoy.

Si bien he de reconocer que, por fuerza, trabajos de tal índole difícilmente traspasan las fronteras del campo de los especialistas, no significa esto que haya dejado de sembrar idénticas inquietudes en más vastos públicos. Por cuantas vías se han ofrecido para ello, he participado en una incansable difusión —a escala más masiva— de la Literatura, de su significación, de sus valores cumbres, como en 1980 a través de doce fascículos sobre grandes escritores, publicados en la revista "Ericilla", que luego dieron origen al digno volumen que los compiló.

En la producción que hasta ahora he reseñado a grandes trazos, llevan parte importante diversos colaboradores, cuyos nombres invariablemente he cuidado dejar registrados en cada caso en la publicación. Séame dado el placer de recordar entre ellos al P. Alejo Roa, a Alfonso Naranjo, a Guillermo Latorre, a Aurora Balart, a Germán Rivera y —de modo muy especial— a Betty Rojas, mi esposa, que me ha brindado su apoyo en éste como en tantos otros campos a través de su generosa compañía durante ya más de un tercio de siglo. A todos, mi más viva gratitud.

Durante años he ejercido, asimismo, la crítica literaria, principalmente en artículos, que suman centenares, en diarios y revistas nacionales y extranjeros. En ellos he tratado siempre de ser, a la vez, sincero y constructivo, poniendo la verdad por sobre el halago, el estímulo por sobre la lápida. Muchos han agradecido y aun seguido mis sugerencias. No es ésta, empero, la respuesta que se obtiene en todos los casos, y se requiere de algún quijotismo para continuar adelante en tan agri-dulce menester.

Para no alejarme demasiado de lo que algunos acotan como ámbito restringido de las Letras, no

aludiré a mis abundantes libros, capítulos de libros, artículos, discursos y conferencias sobre temas universitarios y educacionales en general, varios de ellos reeditados en Chile y más allá de nuestras fronteras, y aun traducidos a otras lenguas.

Intentaré más bien, a fin de no abusar en exceso de la amable paciencia de ustedes, redondear este panorama con algunas consideraciones más globales, que ojalá se enlacen con algunos específicos focos de interés que puedan bullir en el interior de quienes reciben estas palabras.

* * *

¿Qué grado de satisfacción me depara toda aquella producción literaria? ¿Pude haber hecho más, haber intentado otras áreas del arte del verbo, haber conquistado cumbres?

Si ello no está en mi mérito, sí he impulsado a otros a alcanzarlo. Me cabría jactarme, como en el romance tradicional, de que "Si no vencí reyes moros/, engendré quien los venciera". He dado espaldarazo y estímulo a muchos otros mejor dotados, sobre todo jóvenes, y a fe he tenido buena

mano para hacerlo. Por los años 59 a 61, estando a cargo —en una revista editada en Santiago— de la sección “Nuevos poetas de Chile”, ideada por mí, presenté públicamente y auguré pronto triunfo en su empeño lírico a vates a la sazón inéditos, como Miguel Moreno Monroy, Reina Roca (Regina Royo), Fidel Sepúlveda, el P. Francisco Ibáñez. Todos ellos han desarrollado después una labor creativa encomiable, justamente aplaudida. En la Universidad Católica, desde que se lo estableció hace casi una década, he sido invariablemente miembro del Jurado del Concurso Literario anual para estudiantes, y varios de los que allí rindieron su primera prueba de aptitud creativa son hoy autores de celebradas obras y objeto de estudio en Tesis y Seminarios de Grado, como Antonio Ostornol y otros. Con especial énfasis he respaldado, sobre todo a partir de los Encuentros Nacionales de Escritores de Magallanes, a los jóvenes autores de mi región nativa, como Eugenio Mimica, María Cecilia Cerda, Desenka Vukasovic, Ramón Díaz Eterovic, Aristóteles España, María Neira y varios más. Todos ellos están levantando —y seguirán haciéndolo en el tiempo que los espera— el edifi-

cio que un día yo pude soñar y que no logré construir por mí mismo.

La última alusión que he hecho me lleva necesariamente a decir una palabra sobre un aspecto al que tal vez se aguarda me refiera en esta ocasión: ¿cuál es la vinculación de mi obra literaria con mi tierra?

Siento, con profunda convicción, que Magallanes me dio —como creo haberlo explicitado al comienzo— la savia nutricia para mi inquietud de escribir. Alguna parte no escasa de lo que ha brotado de mi pluma, ha sido publicada allá, principalmente en el diario “La Prensa Austral”, al que expreso mi reconocimiento. De mis narraciones, varias tienen ambiente magallánico que no es susceptible de serles mutilado. En ambos encuentros de los escritores del terruño he tenido participación activa, presentando en el primero un planteamiento sobre el sentido esencial de la literatura magallánica y, en el segundo, una moción para que se redacte su historia, tarea que supera las posibilidades de una sola persona pero a la que estoy sinceramente dispuesto a colaborar. Por acuerdo de la más reciente de dichas reuniones, he redactado el prólogo del volumen en que la

Agrupación Amigos del Libro reproducirá los "¿Quién es quién?" de los cinco escritores magallánicos que me han precedido en este tipo de presentación: Roque Esteban Scarpa, Pepita Turina, Nicolás Mihovilovic, Enrique Campos Menéndez y Eugenio Mimica Barassi. Por otra parte, desde hace años, sigo paso a paso, comentándola oportunamente, la florescencia literaria de los viejos y de los jóvenes de mi tierra. No soy, pues, un desarraigado. Y entre mis proyectos a corto plazo está el de reunir en un volumen un sector representativo de mis escritos sobre Letras magallánicas.

Ciertamente, gran parte de mi obra tiene una temática que no es regional, sino universal o, al menos, ultralocal. ¿Vuelvo con ello las espaldas a las raíces? Concédaseme, al respecto, releer algo que ya expresé en mi aludida presentación al Primer Encuentro Nacional de Escritores de Magallanes:

"A través de su literatura, es posible conocer la intimidad y potencialidad de Magallanes en su mejor exponente, el hombre abierto a la universalidad.

... No sólo desde un rincón del mundo

miramos al mundo, sino que nos sentimos parte viva del mundo, de nuestro mundo. Sabemos que él es más ancho que lo que vemos y, maravillosamente, no lo sentimos ajeno.

... Ni la distancia ni la soledad pueden atenuar el hecho de que Magallanes haya sido un crisol de razas, lo que marcó a sus hombres con una indeleble vocación de universalidad... Se dice de Punta Arenas que es una ciudad europea enclavada en el vértice sur de América, pero ni somos extraños, ni hacemos sentirse extraños a quienes llegan a nosotros, ni —como al clásico latino— nada de lo humano nos es ajeno. ¿Cómo pudiera ser de otro modo, si nacimos, crecimos, respiramos y vivimos en un lugar de encuentro de razas, culturas y lenguas que se unieron?

Por otra parte, la inmensidad de su entorno, el clima, el distinto ritmo de transcurrir allí el tiempo, muchos de los valores que por tradición y ancestro asimiló casi insensiblemente, invitan al magallánico a una vida interior rica, reflexiva, analítica, creativa, metódica, abierta a muchas áreas de amplitud universal.

Así, la literatura magallánica dista de enquistarse en un solo ámbito y, a la inversa, se muestra plurifacética. En la lírica y en el género dramático, en ocasiones aun en la narrativa, ha solido trascender su medio, alcanzar incluso niveles de idealización, y, en el vasto campo de la literatura científica, del ensayo, en general de lo que podemos llamar literatura de ideas, ha conquistado logros de jerarquía, tan palmarios que, dentro del habitual acceso que a sus manifestaciones tienen muchos lectores y estudiosos, sólo algunos descubren la huella viva del origen o manejan el dato de que el autor es un magallánico.

Sin embargo, mal podría concluirse que este tipo de escritores hacen obra extrarregional. Creemos que la hacen en un sentido no menos profundo, cual es el de mostrar la fibra íntima del hombre de la tierra austral: amplio, universal, abierto, adelantado en la cruzada de la hermandad humana".

Sin mayor glosa, séame dado reiterar: No soy, pues, un desarraigado.

(Los hechos parecieran haberme empujado,

a veces, a tener una dimensión que trascendiera lo local.

El primer año de mi desempeño en la Subsecretaría de Educación me cupo integrar los Jurados que discernieron los Premios Nacionales de Literatura y de Arte. Es habitual que sus veredictos sean polémicos. No sucedió así entonces: los galardonados —Nicanor Parra y Anita González, la Desideria— fueron unánimemente reconocidos como legítimos triunfadores.

Me ha tocado en suerte viajar, no sólo por todo el país, sino a lo largo y ancho de América entera y cuatro veces a Europa. Los motivos no siempre fueron literarios, pero sin duda ello ensanchó poderosamente mis horizontes espirituales, con proyección en este y en otros campos.

Casi una treintena en la cátedra universitaria es, no menos, si se busca vivir la Universidad auténticamente, otra invitación en el mismo sentido.)

Pero quiero volver a la pregunta: ¿Puedo sentirme satisfecho de lo que he producido como escritor?

He procedido con autenticidad, tratando de ser fiel a mi modo de ser, sin perseguir jamás el éxito fácil. Al escribir, he procurado siempre en-

tregar un mensaje humanista. He obtenido distinciones importantes por algunos de mis trabajos literarios. He sido elogiosamente mencionado y destacado, dentro y fuera de Chile, en muchos libros y estudios, por mi aporte —grande o pequeño— a las Letras regionales y nacionales. Con heterogénea magnitud, todo ello me es gratificador.

Pero no está en mi filosofía ni en mi personalidad el vivir mirando hacia atrás, ni en un espejo. No creo haber escrito aún mi mejor obra, y no he perdido la esperanza de tejerla algún día. No he llegado aún a la meta o a la cumbre posibles para mí. Sigo, como el romero del poema, con los ojos abiertos a la lejanía, atento el oído y el paso ligero.

Más ligero, tal vez, cuando tomamos conciencia de que los años pasan inexorablemente y de que no podemos desperdiciar lo que aún nos queda antes de que nos llegue, como ha escrito nuestro Premio Nacional de Literatura 1980, aquella

“.....lumbre sin horas
donde la vocación de ser no sufrirá sobresalto”.

¡MUCHAS GRACIAS!

Santiago, abril de 1983.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado
los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi
Maité Allamand
Teresa Hamel
Guillermo Trejo
Graciela Toro
Ernesto Livacic



COEDICION

ZAMORANO Y CAPERAN

LIBRERIA Y EDITORIAL

EDITORIAL NASCIMENTO